

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
DEPARTAMENTO DE DRAMA

LA FIERECILLA DOMADA  
William Shakespeare

Adaptación: Dean M. Zayas

PERSONAJES

BATISTA, caballero rico de Padua	CURTIS
CATALINA, su hija mayor	NATHANIEL
BLANCA, su hija menor	PHILIP
LUCENCIO, enamorado de Blanca	JOSEPH
PETRUCHIO, galanteador de Catalina	NICHOLAS, sirvientes de Petruccio
GREMIO	UNA VIUDA
HORTENSIO, galanteador de Blanca	UN SASTRE
TRANIO, criado de Lucencio	UN MERCERO
GRUMIO	CRIADOS
	UN HOMBRE BIEN VIEJO

ESCENA 1

UNA PLAZA PUBLICA EN PADUA

ENTRAN LUCENCIO Y TRANIO

LUCENCIO

Ah, mi fiel servidor, por fin hemos llegado a Padua. ¡Cómo ardo en deseos de comenzar mis estudios! ¡Cuán sediento estoy de sabiduría!

TRANIO

Mi gentil amo, complacido estoy de que desees cultivar tu mente y me alegro de que tu padre sea lo suficientemente rico para poder enviarte a Padua con el propósito de que estudies. Pero gentil, amo, no nos olvidemos que el solo trabajar y el no jugar hacen de Juan un mulo; que no causa provecho lo que no place. En una palabra señor, estudiad lo que más os guste.

LUCENCIO

Muchas gracias, Tranio, por tu excelente consejo. Busquemos un albergue para agasajar a los amigos que hagamos durante nuestra permanencia en Padua. Pero aguarda un poco. ¿Qué compañía es esa?

TRANIO

Señor, alguna delegación que viene a darnos la bienvenida.

(ENTRAN BAUTISTA CON CATALINA, BLANCA, GREMIO Y HORTENSIO.)

BATISTA

Señores, no me importuneis más, sabéis que estoy firmemente resuelto a no conceder a nadie la mano de mi hija menor sin antes haber conseguido marido para la primogénita. Si uno de vosotros dos ama a Catalina, os autorizaré a cortejarla a vuestro antojo.

GREMIO

Es demasiado áspera para mí. Vamos a ver, Hortensio. ¿La quereis vos por esposa?

CATALINA

(A BAUTISTA) Por favor, padre, ¿es vuestro deseo convertirme en el hazmereir de estos tontos?

HORTENSIO

¡Tontos, señorita! ¿Qué significa esa tontería? Nadie es tan tonto como para casarse con vos mientras no seáis de carácter más amable y dulce.

CATALINA

A fe, señor, que no hay porque asustarse. Yo no me casaría con alguien como usted. Pero no dudéis que le cruzaría el rostro y le trataría como a un imbécil a la menor provocación.

HORTENSIO

¡De semejantes brujas libranos, buen Dios!

GREMIO

¡Y a mí también, señor!

- TRANIO (APARTE A LUCENCIO.) Amo, he aquí un buen pasatiempo! Esa muchacha está loca de remate o es sencillamente brava.
- LUCENCIO (APARTE A TRANIO.) Pero su hermana es dulce y tranquila. ¡Callemos, Tranio!
- TRANIO (APARTE A LUCENCIO.) Bien dicho, señor.
- BATISTA Caballeros, que mis hechos respondan a lo que he dicho. Blanca, enciértrate en casa, y no te cause disgusto, buena Blanca, que no por ello te amaré menos, hija mía.
- CATALINA ¡La niña mimada!
- BLANCA Señor, me someto a vuestra voluntad. Mis libros me servirán de compañía.
- LUCENCIO (APARTE A TRANIO.) ¡Escucha, Tranio! Has oído hablar a una diosa.
- HORTENSIO Señor Batista, supongo que estará bromeando.
- GREMIO ¿Quereis sacrificar la felicidad de Bianca, señor Batista, por esa fiera del infierno? ¿Por qué hacer que Blanca espere para casarse?
- BATISTA Caballeros, lo siento, mi resolución es inquebrantable. Retírate, Blanca. (SALE BLANCA.) Yo sé que su mayor placer lo encuentra en la música y la poesía, llevaré a casa profesores aptos para instruirla. Si ustedes, Hortensio, o Gremio, conocen de algún profesor, presentadlos acá, pues yo les pagaré muy bien a fin de que mis hijas recibieran una buena educación. Y con esto adiós. Catalina, podeis quedaros aquí, porque tengo más que conversar con Blanca.
- CATALINA ¡Cómo! Yo también me marchó. ¡Cómo si yo no supiera lo que hay que tomar y lo que hay que dejar! (SALE.)
- GREMIO ¡Podeis ir a reuniros con la mujer del diablo! Con ese genio, nadie se ocupará de vos. ¡Adiós! No obstante, por el amor que profeso a mi dulce Blanca, si logro hechar mano de un hombre erudito, capaz de enseñarle, le enviaré a su padre.
- HORTENSIO Yo también, señor. Pero una palabra, por favor; aunque somos rivales por el amor de Blanca, hay algo en lo que debemos cooperar.
- GREMIO ¿Cuál es, os ruego?
- HORTENSIO ¡Por Dios, señor, buscar un marido para su hermana!
- GREMIO ¿Un marido? ¡Un diablo!
- HORTENSIO Digo, un marido.
- GREMIO Yo digo un diablo. ¿Piensas Hortensio, que a pesar de la fortuna de su padre, habrá hombre tan loco que busque mujer como esa?
- HORTENSIO ¡Bah, Gremio! A pesar de que sus arrebatos rebusen tu paciencia y la mía; creed que hay en el mundo bravos mancebos que la tomarían con todas sus faltas porque ella es rica.
- GREMIO No sé que deciros. Si tuviera que coger la dote con esa condición, preferiría ser azotado todas las mañanas.
- HORTENSIO A fe que, como decís, hay muy poco que escoger entre manzanas podridas. Es indispensable mantener esta amistad hasta que, hallando un esposo a la hermana mayor, dijemos a la menor en libertad de elegir y quedemos otra vez rivales. ¿Que decís vos?
- GREMIO Convengo en ello, y le daré el mejor caballo de Padua al hombre que la enamore, la seduzca y se case con ella y la elimine de esta casa. Vamos. (SALEN GREMIO Y HORTENSIO.)

- TRANIO Por favor, señor, decidme: ¿es posible que el amor se apodere tan repentinamente de un hombre?
- LUCENCIO Oh Tranio, hasta ahora no hubiese creído que fuera posible, ni aún probable. Pero mira, mientras contemplaba por curiosidad, sentí los efectos del amor. Y ahora te confieso francamente que ardo, Tranio, desfallezco, sucumbo, Tranio, si no consigo el amor de esta joven. Aconsejame, Tranio, pues sé que lo harás.
- TRANIO Amo, no es ahora el momento de reñiros. Pero mirabais tan atentamente a la doncella que tal vez no hayáis advertido lo principal.
- LUCENCIO Oh sí, he visto en sus facciones la dulce belleza.
- TRANIO ¿Nada más habéis visto? ¿No habeis notado que su hermana comenzó a alborotar y levantó tal tormenta, que los oídos mortales difícilmente podían soportar el estrépito?
- LUCENCIO Tranio, he visto moverse sus labios de coral y que con su aliento perfumaba el aire. ¡Todo lo que he visto en ella era dulce y sagrado!
- TRANIO Vamos, ya es hora de hacerlo volver de su trance. Por favor señor, despertaos. Si amais a esta doncella, que todo vuestros pensamientos e ingenio se encaminen a conseguirla. He aquí la situación. Su hermana mayor es tan fiera, que hasta que su padre se haya librado de ella, su amor debe esperar. Pero el problema está en que ella no quiere molestarse con atender a pretendientes.
- LUCENCIO Ahí, Tranio, ¡qué padre tan cruel! Pero, ¿no has oído decir que buscaba profesores para instruirla?
- TRANIO A fe que sí, señor, y he aquí mi plan.
- LUCENCIO Yo tengo uno también, Tranio.
- TRANIO Apuesto a que nuestros dos proyectos no son sino uno.
- LUCENCIO Díme primero el tuyo.
- TRANIO Vos seréis el profesor y os encargaréis de la educación de la joven. Ese es el plan.
- LUCENCIO En efecto. ¿Puede ponerse en ejecución?
- TRANIO Imposible. Porque ¿quién representaría vuestro papel y sería aquí en Padua, el hijo de Vincencio?
- LUCENCIO ¡Basta! Mi plan es completo. Aún no se nos ha visto en casa alguna y nadie sabría distinguir en nuestros rostros el criado del señor. Por consiguiente, tú serás el señor, Tranio, tendrás casa, porte y criados y yo seré otro hombre, un florentino, un napolitano, o un pobre diablo de Pisa. Está decidido; así se hará. Tranio... despojate de tu ropa, toma mi sombrero y mi capa. (SE CAMBIAN LA ROPA.)
- TRANIO Señor, ya que así es vuestro gusto y me he comprometido a obedeceros, y a nuestra partida vuestro padre me encargo expresamente: "Obedece a mi hijo", supongo en otro sentido, me complazco en ser Lucencio por lo mucho que quiero a Lucencio.
- LUCENCIO Vámonos, Tranio. Solo te resta hacer una cosa. Vas a inscribirte entre el número de pretendientes de Blanca. Si me preguntas por qué, que te baste saber que mis razones son buenas y de peso. (SALEN.)

ESCENA 2

FRENTE A LA CASA DE HORTENSIO UNA HORA DESPUES. ENTRAN PETRUCHIO Y GRUINIO.

- PETRUCHIO He aquí la casa de mi buen amigo Hortensio. Sí, la reconozco. Anda, Grumio, golpea.
- GRUMIO ¡Golpear! ¿A quien debo golpear? ¿Ha faltado alguien el respeto de vuestra señoría?
- PETRUCHIO Idiota, te digo que me des ahí unos golpes, y pronto!
- GRUMIO ¿Golpearos ahí, señor? ¿Por qué señor? ¿Quién soy yo, señor, para golpearos ahí?
- PETRUCHIO ¡Miserable, que me des unos golpes en esa puerta, te digo!
- GRUMIO ¿Qué puerta, señor?
- PETRUCHIO Yo te enseñaré, idiota (TIRA A GRUMIO DE LAS OREJAS.)
- GRUMIO ¡Auxilio, señores, auxilio! ¡Mi amo está loco!
- PETRUCHIO ¡Ahora llamarás, cuando yo te lo mande, villano!
- (ENTRA HORTENSIO.)
- HORTENSIO ¿Qué ocurre? ¡Pero si es mi buen amigo Petruccio!
- PETRUCHIO ¡Hortensio! ¿Cómo estás?
- HORTENSIO ¡Petruccio! Y ahora, decidme, querido amigo, ¿qué viento feliz os ha traído aquí a Padua, desde la antigua Verona?
- PETRUCHIO Antonio, mi padre, acaba de morir y me dejó una cuantiosa fortuna. Así que he acometido la difícil tarea de casarme bien y probar fortuna del mejor modo. Y así he salido afuera a ver mundo.
- HORTENSIO Petruccio, para hablarte sin rodeos: ¿Querías que te presentase a una mujer brava y mal encarada?
- PETRUCHIO Hortensio, he venido a Padua a casarme con una mujer rica.
- HORTENSIO Puedo prometerte que es rica, muy rica. Pero eres muy amigo mío, y no quisiera presentarte a ella.
- PETRUCHIO Hortensio, entre amigos como nosotros, pocas palabras bastan. Y así, si conoces a una mujer lo bastante rica para convertirse en la esposa de Petruccio, sea ella fea como el pecado, tan vieja como Ilatusalén, no importa. Me caso con ella... si es lo bastante rica.
- GRUMIO Notad, señor, que os dice francamente lo que piensa. Conque, dadle oro en abundancia y casadle con una mujer sin un diente en la encías, que no le importaría. Ahora, nada hallará mal, con tal que halle dinero.
- HORTENSIO Petruccio, estaba bromeando. Puedo proporcionarte una mujer bastante opulenta, joven, hermosa y educada como conviene a una dama de calidad. Su único defecto, y defecto de consideración, consiste en ser intolerablemente brusca, brava y voluntariosa. Y si mi situación fuera peor de lo que es, ni por una mina de oro me casaría con ella.
- PETRUCHIO ¡Basta, Hortensio! No conoces la virtud del oro. Dime el nombre de su padre, y esto es suficiente. Porque yo la conquistaré, así chille tan fuerte como el trueno cuando rasga las nubes en otoño.
- HORTENSIO Su padre es Bautista Minola, un caballero afable y cortés. Ella se llama Catalina Minola, célebre en Padua por su mala lengua.
- PETRUCHIO Tengo noticias de su padre, que conocía bien a mi difunto padre. No dormiré hasta que la haya visto. Y así, permitidme la osadía de abandonaros, a menos que queráis acompañarme hasta allá.

- GREMIO Dejadle partir, señor, mientras la cólera se le pasa. Por mi palabra, que si ella le conociese tan bien como yo, sabría el poco efecto que le causan los reproches. No retrocederá ante la mayor insolencia. ¡No le conoceis, señor!
- HORTENSIO Espera, Petruccio, iré contigo, porque estoy enamorado de Blanca, su hija menor, la bella Blanca. Y Batista ha tomado la decisión: que ninguno tenga acceso a Blanca, en tanto no halle esposo la maldita Catalina.
- GRUMIO ¡Catalina la maldita! ¡Lindo título para una doncella!
- HORTENSIO Ahora mi amigo Petruccio habrá de prestarme un favor, y consistirá en presentarme disfrazado al caballero Bautista en calidad de profesor de música para instruir a Blanca. Mercad a esta estratagena, tendré a lo menos el placer de enamorarla, y sin despertar sospechas, hacerle cara a cara la corte.
- GRUMIO ¡No hay aquí maldad! ¡Véase cómo se conciertan los jóvenes para engañar a los viejos!
- (ENTRAN GREMIO Y LUCENCIO, DISFRAZADOS DE MAESTRO.) ¡Señor, señor! ¡Mirad en torno! ¿Quién va allá?
- HORTENSIO ¡Silencio, Grumio! Es mi rival. Petruccio, apartémonos un instante y escuchemos.
- GREMIO ¡Oh, muy bien! He examinado la nota. Oíd, señor. Cuidado que no tenga otra lectura. ¡Solo libros de amor! Tomad asimismo vuestros papeles y hacedme el favor de tenerlos muy bien perfumados, pues Blanca huele mejor que las propias esencias. ¿Qué pensais enseñarle?
- LUCENCIO Podeis estar seguro; y esto ten ciertamente como si estuvieráis en mi lugar, que todo cuanto lea redundará en favor vuestro; sí y quizás emplee términos más persuasivos que vos, señor, a no ser que seáis un sabio.
- GREMIO ¡Oh la ciencia! ¿Qué cosa es!
- GRUMIO (APARTE.) ¡Qué asno es!
- PETRUCCIO ¡Silencio!
- HORTENSIO ¡Shhh Grumio! (ADELANTÁNDOSE.) ¡Dios os guarde, signor Gremio!
- GREMIO Y bien hallado vos, signor Hortensio. ¿Sabeis adónde me dirijo? A casa de Bautista Minola. Le he prometido buscarle un profesor para la bella Blanca, y por feliz azar he encontrado a este joven. Muy versado en la poesía y otros libros, muy buenos, los lo garantizo.
- HORTENSIO ¡Bien! Y yo he hallado también un habil músico, para instruir a Blanca, a quien amo tanto.
- GREMIO Y yo también; mis actos lo probaran.
- HORTENSIO Gremio, el instante no es a propósito para discutir. Oídme; os comunicaré buenas noticias. He aquí un caballero a quien he encontrado por casualidad. Va a intentar hacer la corte a la maldita Catalina; sí, y a casarse con ella, si le conviene el dote.
- GREMIO Esta muy bien, si así lo hace. ¿Le habeis enumerado todas sus faltas, Hortensio?
- PETRUCCIO Sé que es una fiera. Si eso es todo, señores, no veo peligro.
- GREMIO ¿No, amigo? ¿De qué país sois?
- PETRUCCIO He nacido en Verona, hijo del anciano Antonio. Muerto mi padre, poseo algunos bienes de fortuna, y espero ver largos y felices días.

- GREMIO ¡Oh señor! ¡Tal vida con tal mujer, sería terrible! Pero si teneis valor, aquí estoy para ayudaros en todo. Pero ¿vais a hacer la corte a ese gato montés?
- PETRUCHIO ¿Para que he venido aquí, sino con ese intento? ¿Pensáis que con un poco de ruido van a aturdirse mis orejas? ¿No he oído en mi vida rugir los leones? ¿No he oído el mar gritar de rabia como un furioso jabalí? ¿No he oído el trueno, esa artillería del cielo, en el firmamento? ¿No he escuchado, en medio de un combate, el relinchar de los caballos y el son de las trompetas? El ruido de la lengua de una mujer no va a detenerme. ¡Bah, bah! Miedo de niños con espantajos.
- GRUMIO ¡No teme a nadie!
- HORTENSIO Le ha prometido que contribuiremos a los gastos que ocasione su cortejo, sean los que fueren.
- GREMIO Accedo a ello, con tal que la conquiste.
- GRUMIO ¡Si tan seguro tuviera yo una buena comida!
- (ENTRA TRANIO VESTIDO COMO LUCENCIO)
- TRANIO ¡Caballeros, Dios os guarde! Si no es indiscreto, ¿quereis indicarme, por favor, el camino más corto para ir a la casa del signor Bautista Minola?
- GREMIO ¿El que posee dos hijas guapas? ¿Es ese por quien preguntáis?
- TRANIO El mismo, señor.
- GREMIO Oíd, señor. ¿No os referís a la...?
- TRANIO Quizá a él y a ella, señor. ¿Qué os importa?
- PETRUCHIO No será a la que está siempre colérica, os lo ruego.
- TRANIO No amo a la cólerica, señor.
- LUCENCIO Buen comienzo, Tranio.
- HORTENSIO Señor, una palabra antes que os marchéis. ¿Pretendéis la mano de la joven de que habláis, sí o no?
- TRANIO Y si así fuese, ¿habría en ello ofensa, señor?
- GREMIO No, con tal que, sin añadir una palabra más, os alejéis de aquí.
- TRANIO ¿Por qué, señor? ¿No son las calles tan libres para vos como para mí?
- GREMIO Pero la joven no.
- TRANIO ¿Por qué razón, os suplico?
- GREMIO Porque es la elegida de mi corazón.
- HORTENSIO Y la del mío.
- TRANIO ¡Calma, señores! Un millar de adoradores tuvo la hija de la hermosa Leda. Luego bien puede tener uno más la encantadora Blanca.
- HORTENSIO Caballero, permitidme que os pregunte: ¿habéis visto alguna vez a la hija de Bautista?
- TRANIO No, señor; pero he oído decir que tiene dos, tan famosa la una por su mala lengua como la otra por su hermosura y recato.
- PETRUCHIO Señor, la más joven de esas hijas, a que hacéis alusión, se halla vigilada por su padre que prohíbe todo acceso a los pretendientes y no quiere prometerla a ningún hombre antes que se case su hermana mayor.

- TRANIO Si es así, señor, que vos sois el hombre que ha de venir en auxilio de todos y si rompéis el hielo y por lo mismo liberáis a la menor, el que la obtenga no será tan mal nacido que se muestre ingrato.
- HORTENSIO Señor, decís bien, y pues vuestra intención es ser pretendiente, debéis, como nosotros, manifestaros agradecido a este caballero.
- TRANIO Señor, de acuerdo. Y si os parece, podremos pasar juntos la tarde y hechar grandes tragos a la salud de nuestra amada.
- GREMIO ¡Oh, excelente proposición! ¡Camaradas, marchemos!
- HORTENSIO Patruccio, estaremos eternamente agradecidos a vos.

ESCENA 3

(UNA HABITACION EN CASA DE BAUTISTA; ESA TARDE BLANCA TIENE LAS MANOS ATADAS Y LE ESTA SUPLICANDO A SU HERMANA.)

- BLANCA Buena hermana, soltadme las manos, os lo suplico.
- CATALINA De todos tus pretendientes, dime: ¿cuál te agrada más? Mira, no mientas
- BLANCA Creedme hermana; todavía no he visto un rostro especial que prefiera a otro.
- CATALINA Mientes, preciosa. ¿No es Hortensio?
- BLANCA Si vos le amáis, hermana, juro aquí interceder en favor vuestro para que le obtengáis.
- CATALINA ¡Oh! Entonces, creo, es que lo preferís más rico. Os gustaría Gremio, para que os hiciese opulenta.
- BLANCA ¿Acaso por él me tenéis envidia? No, es que bromeáis; y ahora noto que cuanto me habeis dicho solo ha sido para bromearos conmigo durante este tiempo. Por favor, Cata, suéltame las manos.
- CATALINA ¡Si lo tomas a broma, toma también a broma lo demás! (LA GOLPEA.)
- (ENTRA BAUTISTA.)
- BAUTISTA ¡Catalina! ¿Qué sucede? Blanca, retírate. ¡Pobre criatura! Esta llorando. Ve a cojer tu aguja. No te juntes con ella. ¿No te da vergüenza, espíritu endiablado? ¿Por qué la maltratas si jamás te ha hecho daño alguno? ¿Cuándo ha cruzado contigo una palabra descortés?
- CATALINA Su silencio me insulta y me vengaré. (CORRE DETRAS DE BLANCA.)
- BAUTISTA ¡Cómo! ¿En mi presencia? Vete dentro, Blanca. (SALE BLANCA.)
- CATALINA Ahora lo veo. Ella es vuestro tesoro. Debe tener un marido. ¡Qué el diablo se lleve a Catalina a los infiernos! ¡No me habléis! ¡Voy a encerrarme y a llorar hasta que encuentra ocasión de vengarme! (SALE.)
- BAUTISTA ¿Ha existido jamás un caballero tan desdichado como yo? Pero, quién viene aquí?
- (ENTRA GREMIO CON LUCENCIO COMO MAESTRO, PRETRUCHIO CON HORTENSIO COMO MAESTRO Y TRANIO VESTIDO DE LUCENCIO.)
- GREMIO Buenos días, vecino Bautista.
- BAUTISTA Buenos días, vecino Gremio. ¡Dios os guarde, hidalgos!
- PETRUCHIO Y a vos, querido señor. Por favor, ¿no tenéis una hija llamada Catalina, bella y virtuosa?
- BAUTISTA Tengo una hija señor, llamada Catalina.

- GREMIO Comenzáis con demasiada brusquedad; proceded más cumplidamente.
- PETRUCHIO Señor, soy un caballero de Verona, que, habiendo oído hablar de su hermosura e ingenio, de su afabilidad y excesiva modestia y de la dulzura de sus modales, tengo la osadía de mostrarme en vuestra casa, para que mis ojos sean testigos de la que se ha repetido tan frecuentemente. Me presento con uno de mis servidores. (PRESENTANDO A HORTENSIO.) versado en música y matemáticas, quien instruirá a vuestra hija en tales ciencias.
- BAUTISTA Sed bien venido, señor, y él también. Mas, en cuanto a mi hija Catalina, estoy seguro de ello, no podrá conveniros, que es lo que me aflige.
- PETRUCHIO Veo que vuestra intención es no separaros de ella, a menos que mi compañía os desagrade.
- BAUTISTA Se equivoca usted, señor. ¿Qué nombre debo daros?
- PETRUCHIO Petruccio es mi nombre, hijo de Antonio, un hombre bien conocido en toda Italia.
- BAUTISTA Le conocí mucho. Sed bien venido, en consideración a su persona.
- GREMIO Petruccio, permitidnos, por favor, que nosotros, nos expliquemos también. ¡Diantre! ¡Vais maravillosamente a prisa!
- PETRUCHIO Perdonadme, signor Gremio; se me hace tarde acabar.
- GREMIO Vecino, he aquí un presente que os será muy grato, me permito presentaros a este joven sabio. (PRESENTA A LUCENCIO.) Versado en griego, latín y otras lenguas como su colega en música y matemáticas. Su nombre es cambio. Aceptad, os ruego, sus servicios.
- BAUTISTA ¡Mil gracias, señor Gremio. Sed bien venido, buen cambio. (A TRANIO.) Pero, amable señor, me parecéis extranjero, ¿sería indiscreción preguntaros el motivo de vuestra llegada?
- TRANIO Perdonadme, señor, yo soy el indiscreto. Extranjero en esta ciudad, me he inscrito entre los pretendientes de vuestra hija Blanca. No solicito sino una merced: que se me acoja igual que los restantes pretendientes y en lo que respecta a la educación de vuestras hijas, me bastará con este pequeño paquete de libros griegos y latinos. Si queréis aceptarlos, grande será entonces su valor.
- BAUTISTA ¿Es Lucencio vuestro nombre? ¿De dónde sois? Os ruego.
- TRANIO De Pisa, señor; hijo de Vincencio.
- BAUTISTA El hombre más rico de Pisa. Le conozco bien por su reputación. Sed muy bien venido caballero. (A HORTENSIO Y A LUCENCIO.) Tomad vuestro Laud. Y vos la colección de libros. Vais a ver inmediatamente a vuestras discípulas. (ENTRA UN SIRVIENTE.) Conduce a estos caballeros al lado de mis dos hijas, y comunícales a ambas que son sus profesores; que los traten bien. (SALE EL CRIADO CON HORTENSIO Y LUCENCIO.) Vamos a pasear un poco por el jardín y después comeremos.
- PETRUCHIO Signior Batista, mis asuntos no admiten dilación y yo no puedo venir todos los días a hacer mi corte. Habéis conocido a mi padre; soy el solo heredero de sus tierras y de sus bienes. Decidme: ¿si me hago amar de vuestra hija, que dote me corresponderá al tomarla por mujer?
- BAUTISTA La mitad de mis tierras a mi fallecimiento y veinte mil coronas de presente.
- PETRUCHIO Pues, a cambio de este dote, yo le aseguraré, si quedara viuda, todas mis tierras y arrendamientos, sean cuales fueren. Redactaremos, pues, las cláusulas del contrato.

- BAUTISTA Bueno, cuando ella consienta en amarnos. Todo consiste en esto.
- PETRUCHIO Bah, eso no es nada. Porque os aseguro, suegro, que yo soy tan testarudo como ella altanera; porque soy de natural rudo y no cortejo a lo niño.
- BAUTISTA Que le hagas bien la corte y tengas feliz éxito. ¡Pero prepárate a recibir alguna palabra inconveniente!
- PETRUCHIO Estoy hecho a prueba.
- (ENTRA HORTENSIO CON LA CABEZA HERIDA.)
- BAUTISTA ¿Qué hay amigo? ¿Por qué miras tan pálido?
- HORTENSIO Si estoy tan pálido, es de miedo, os lo aseguro.
- BAUTISTA ¿Carecerá mi hija de disposición para la música?
- HORTENSIO Yo creo que haría mejor de soldado. El hierro se avendría con su condición, pero jamás los Laúdes.
- BAUTISTA ¿No has podido acaso hacerle que rompa a tocar el laúd?
- HORTENSIO ¡Quiá! No, es ella quien ha roto el laúd sobre mí. Me dio un golpe en la cabeza con tal furia que me pasó a través del instrumento.
- PETRUCHIO ¡Por el mundo! ¡La amo ahora diez veces más! ¡Cómo estoy deseando tener una charla con ella!
- BAUTISTA (A HORTENSIO.) Bien, venid conmigo. Ejerceréis vuestra profesión con mi hija más joven. Esta dispuesta para la enseñanza y agradecida con todo buen servicio que se la preste. Signior Petruccio, ¿queréis venir con nosotros, o preferís que os envíe a mi hija Cata?
- PETRUCHIO Enviádmela, os ruego; la esperaré aquí. (SALEN. QUEDA PETRUCHIO.) Y cuando llegue yo le haré la corte a mi manera. Que me injurie; yo le diré entonces que canta tan suavemente como el ruiseñor. Que frunza el entrecejo; le diré que sonríe. Si me ordena que me retire, se lo agradeceré, como si me mandara que estuviese a su lado una semana. Si rehusa casarse, le rogaré que me diga cuándo se celebrará la boda.
- (ENTRA CATALINA.) Pero aquí llega. Y ahora, habla, Petruccio. Buenos días, Cata, pues así he oído que os llamáis.
- CATALINA Habéis oído bien; sin duda, tenéis largas las orejas. Los que hablan de mí me llaman Catalina.
- PETRUCHIO Mentís, por mi fe. Os llamais sencillamente Cata; y por lo tanto Cata, me he sentido movido a hacerte la corte como a futura esposa.
- CATALINA ¡Movido! No está mal. Seguid el movimiento y como habéis venido, marchaos; moveos. Desde el primer instante he visto que erais un mueble.
- PETRUCHIO ¡Lo has adivinado! Ven y siéntate sobre mí.
- CATALINA Los asnos se hicieron para la carga, y vos también.
- PETRUCHIO Las mujeres son las que se han hecho para la carga, y vos igualmente.
- CATALINA No soy yo la jaca que soportará vuestro peso, si a mí os referís.
- PETRUCHIO ¡Ay buena Cata! Yo no he de serte pesado, porque viéndote joven y ligera...
- CATALINA Demasiado ligera para dejarme cazar, soy tan pesada como convenga que sea.

- PETRUCHIO Vamos, vamos, avispa; a fe que os picáis demasiado.
- CATALINA Si soy avispa, evitad mi aguijón.
- PETRUCHIO ¿Quién no sabe dónde lleva una avispa su aguijón? En la cola.
- CATALINA Si no tenéis mejor historia que contar, adiós.
- PETRUCHIO Volved, pues. Soy un caballero, bueno Cata.
- CATALINA Voy a probarlo. (LA GOLPEA.)
- PETRUCHIO Os juro que os daré una paliza si volvéis a hacerlo.
- CATALINA Si me pegáis, no seréis caballero.
- PETRUCHIO Vamos, Cata, vamos. No me miréis tan desabrida.
- CATALINA Es mi costumbre cuando miro a un cangrejo.
- PETRUCHIO No hay aquí ningún cangrejo, y así, no os estéis tan irritada.
- CATALINA Lo hay, lo hay.
- PETRUCHIO Mostrádmelo, entonces.
- CATALINA Os lo mostraría, si tuviera un espejo.
- PETRUCHIO ¿Os referís a mi figura?
- CATALINA Lo adivináis, a pesar de ser tan joven.
- PETRUCHIO ¡Por San Jorge! Soy demasiado joven para vos.
- CATALINA Y, no obstante, estáis ajado.
- PETRUCHIO ¡Las penas!
- CATALINA No me apeno. (TRATA DE IRSE.)
- PETRUCHIO Oídme Cata, no os marchéis así.  
(AGARRA A CATALINA Y COMIENZAN A LUCHAR.)
- CATALINA Dejadme partir.
- PETRUCHIO No, os hallo extremadamente gentil. Se me había afirmado que erais brusca, indómita, desagradable. Y ahora advierto que eran mentiras. Solo es lenta tu palabra, pero dulce como las flores en primavera. Lejos de recrearte en decir palabras injuriosas, recibes a tus adorador con benevolencia y afabilidad. ¿Por qué el mundo cuenta que Cata eses caja? ¡Oh mundo calumniador! Cata es esbelta como el mimbre, dulce como la nuez y más exquisita como el almendro. ¡Oh! ¡Marchad para que te vea andar! ¡No estás coja!
- CATALINA ¡Estúpido!
- PETRUCHIO ¿Adornó nunca Diana un bosquecillo como Cata este aposento con la majestad de su parte?
- CATALINA ¿Dónde habéis estudiado todos esos bellos discursos?
- PETRUCHIO Ayudado por el ingenio de mi madre.
- CATALINA ¡Madre ingeniosa! Aunque sucó el hijo necio.
- PETRUCHIO ¿No soy yo listo?
- CATALINA Sí; conservaos caliente.
- PETRUCHIO Catalina, vuestro padre accede a que seáis mi esposa. Vuestro dote

se halla estipulado y queráis, no queráis, me casaré con vos. Cata, yo soy el marido que os conviene. Pues por esa luz que ilumina tu belleza (BELLEZA POR LO CUAL TE ADORO) tu no debes casarte sino conmigo, ya que he nacido para domarte, Cata, y transformar una Cata salvaje en una Cata sumisa. (ENTRAN BATISTA, GREMIO Y TRANIO.) Aquí viene vuestro padre. ¡Debo y quiero tener a Catalina por mujer!

BAUTISTA ¡Hola signor Petruccio! ¿Cómo os va con mi hija?

PETRUCCIO ¿Cómo sino bien, señor? ¿Cómo sino bien? ¡Era imposible que sucediese de otra manera!

BAUTISTA ¿Qué hay, hija Catalina?

CATALINA ¿Me llamáis hija? ¡Pues os aseguro que me dais prueba de cariño paternal pretendiendo casarme con un medio loco, un ruffian que cree imponerse con juramentos!

PETRUCCIO Suegro, así vos como cuantos me han hablado de ella habéis sido injustos. Si es mordaz, es por política, ya que lejos de parecer insolente, es mansa como una paloma. Para concluir: hemos fijado el próximo domingo para día de nuestra boda.

CATALINA ¡Primero te veré ahorcar el domingo!

GREMIO Ya lo oyes, Petruccio. Dice que primero te verá ahorcar el domingo.

TRANIO ¿Es ese vuestro éxito? Pues entonces, adiós a nuestro trato.

PETRUCCIO ¡Tened paciencia, caballero! Yo la he escogido para mí. Si ella y yo estamos contentos, ¿qué os importa todo lo demás? Cuando estábamos solos hemos convenido que ella continúe mostrándose áspera en sociedad. Os lo digo, es imposible imaginar hasta que extremo me adora. Se colgaba de mi cuello, y beso a beso, se había prendado de mí. ¡Dáme tu mano Cata! Voy a Venecia a comprar el aderezo de bodas. Preparad el festín, suegro, e invitad a los huéspedes. Estoy seguro de que mi Catalina estará encantadora.

BAUTISTA No sé qué decir, pero dadme vuestras manos. Dios os envíe alegría, Petruccio. Casamiento hecho.

GREMIO Y  
TRANIO Nosotros decimos amén. Seremos testigos.

PETRUCCIO Adiós, negro, esposa y caballeros. Parto para Venecia. El domingo esta próximo. Tendremos sortijas, casa y lucido cortejo. Y ahora bésame Cata. El domingo estaremos casados. (SALEN PETRUCCIO Y CATALINA POR DIVERSOS LADOS.)

GREMIO ¿Se vió jamás matrimonio concertado tan rápidamente?

BAUTISTA Por mi fé caballero, que estoy sorprendido.

GREMIO Y ahora, Bautista, a vuestra hija menor. He aquí el día tan largo tiempo deseado por nosotros. Soy vecino vuestro y el primero de los pretendientes.

TRANIO Y yo, uno que ama a Blanca más de lo que pueden expresar las palabras.

GREMIO Tu eres demasiado joven para ella.

TRANIO Y tu demasiado viejo.

BAUTISTA Yo arreglaré el debate. Aquel de los dos que asegure a mi hija el más rico dote, ese tendrá el amor de Blanca.

TRANIO El es viejo, yo joven.

GREMIO ¿Y no pueden morir los jóvenes lo mismo que los viejos?

BAUTISTA Basta, caballeros; he aquí mi resolución. El próximo domingo se casa mi hija Catalina. El domingo siguiente Blanca se unirá a uno de vosotros. Y con esto me despido y os doy las gracias a uno y a otro.

GREMIO Adiós, buen vecino.

ESCENA IV

PADUA. UNA PLAZA. DELANTE DE LA CASA DE BAUTISTA

(ENTRAN BAUTISTA, GREMIO, TRANIO (HACIENDO SIEMPRE DE LUCENTIO), LU-  
CENTIO (HACIENDO DE CAMBIO), CATALINA (VESTIDA DE NOVIA), BLANCA Y  
NUMEROSOS INVITADOS.)

BAUTISTA (A TRANIO.) Señor Lucentio, hoy es el día fijado para el matrimonio de Catalina con Petruccio y he nos aquí sin noticias de mi yerno. ¿Qué van a decir los invitados? ¿Qué os parece a vos, Lucentio, de esta afrenta que sufrimos?

CATALINA No hay afrenta sino para mí. He aquí la consecuencia de obligarme a dar mi mano a un insensato, en contra de mi corazón. Por lo tanto, bien os había yo dicho que era un disparatado, un loco, que bajo el manto de una ruda franqueza lo que ocultaba era una pura burla. Con tal de ser tenido por el más gracioso y festivo de los amigos, es de esos chuscos que no dudan en hacer la corte a mil mujeres, en fijar el día del matrimonio, en preparar un banquete, en invitar a sus amigos. Y he aquí que ahora todo el mundo señalará con el dedo a la pobre Catalina diciendo: "¡Esa es la mujer del taravilla de Petruccio! Por supuesto, cuando le dé la ventolera de casarse con ella."

TRANIO Paciencia, querida Catalina. Paciencia, señor Bautista. Yo estoy seguro, por mi vida, de que Petruccio tiene buenas intenciones, sea cual sea la casualidad que le impida cumplir su palabra.

CATALINA ¡Ojalá no le hubiese yo visto jamás! (VA HACIA LA CASA, LLORANDO, SEGUIDA DE BLANCA Y DE LOS INVITADOS.)

BAUTISTA Anda, hija mía, anda. Esta vez no puedo censurar tus lágrimas. Tal afrenta indignaría a una santa misma. Mucho más, claro, a una muchacha tan dada al arrebató y a la impaciencia como tú. (LLEGA EL SIRVIENTE CORRIENDO.)

SIRVIENTE ¡Año, año! ¡Una noticia! ¡Una nueva vieja! ¡La nueva más vieja que jamás hayáis oído!

BAUTISTA ¿Una nueva vieja? ¿Cómo es posible tal cosa?

SIRVIENTE ¿No es una nueva anunciaros que Petruccio llega?

BAUTISTA ¿Y cuándo estará aquí?

SIRVIENTE Cuando esté donde yo estoy y os vea como yo os veo.

TRANIO Pero, vamos a ver, ¿cuál es la nueva vieja entonces?

SIRVIENTE Petruccio llega con un sombrero nuevo y un jubón viejo. Pantalones también viejos, vueltos ya tres veces, y un par de botas que han servido de caja a los cabos de vela. Su caballo, que cojea de la cadena, se adorna con una silla carcomida cuyos estribos están descabalados.

TRANIO Sin duda le ha cogido el capricho extraño de presentarse así. A veces se le ocurre, en efecto, la idea de salir pobremente vestido.

BAUTISTA De todas maneras, venga como venga, con tal de que venga, será para mí él bienvenido.

- PATRUCHIO ¡Vamos a ver! ¿Dónde están los amigos? ¿Quién hay en esta casa?
- BAUTISTA Sed bienvenido, caballero.
- PETRUCHIO ¿Aunque no llegue mejor vestido? Pero cada uno se presenta como puede.
- TRANIO En todo caso, no tan bien vestido cual yo hubiera deseado.
- PETRUCHIO ¿No era mejor llegar, bien que fuese de este modo? Pero, ¿dónde está Cata? ¿Dónde está mi encantadora novia? Y ¿cómo va mi querido padre? Pero diríase, señores míos, que estáis incomodados. ¿Por qué tan amable compañía arquea las cejas como ante un prodigio extraño dinario cual un cometa o algún otro fenómeno inusitado?
- BAUTISTA Porque, comprendedlo, hoy es el día fijado para vuestra boda y, claro, primero estábamos tristes pensando que no ibais a llegar. Y ahora lo estamos más aún viéndoos llegar de este modo. Ea, ea, despojaos de ese traje que avergüenza vuestra condición, sobre deshonorar una fiesta tan solemne como ésta.
- TRANIO Y decidnos qué asunto importante os ha retenido tanto tiempo.
- PETRUCHIO Larga cosa sería de contar e ingrata de oír. Que os haste saber que aquí estoy, dispuesto a cumplir mi promesa. Si en algo me he apartado de lo que había dicho, ya me excusaré cuando tenga la ocasión necesaria para ello, y entonces quedaréis completamente satisfechos. Pero ¿dónde está Cata? Se me tiene demasiado tiempo alejado de ella. La mañana avanza y ya deberíamos estar en la iglesia.
- TRANIO No se os ocurra presentaros delante de vuestra prometida tal cual vais vestido. Venid a mi cámara y yo os daré ropa mía.
- PETRUCHIO Ni mucho menos, creedme. Al contrario, tal cual estoy voy a presentarme.
- BAUTISTA Mas espero que no pretenderéis casaros con ella de este modo.
- PETRUCHIO ¿Y por qué no? Es conmigo con quien se casa, no con mis vestidos. De poder renovar las fuerzas que ella agotará en mí tan fácilmente como podría cambiar de traje, Cata se alegraría mucho y yo aún más. Pero qué tonto soy charlando de este modo con vosotros en vez de correr a saludar a mi prometida y a sellar este dulce título con un beso de amor. (SALE SEGUIDO DE GRUMIO.)
- TRANIO No hay duda que ha venido como ha venido "ex profeso". Pero veamos de convencerle, si ello es posible, de que se vista mejor para ir a la iglesia.
- (MUSICA. ENTRAN LOS MUSICOS PRECEDIENDO A LOS DE LAS BODAS PETRUCHIO Y CATALINA, SEGUIDOS DE BLANCA, BAUTISTA, HORTENSIO, GRUMIO Y TODOS LOS INVITADOS Y COMITIVA.)
- PETRUCHIO Caballeros, amigos míos, mil gracias por el trabajo que os habéis tomado en venir. Sé también que contabais comer conmigo y que habéis preparado un copioso banquete de boda. Pero sucede que asuntos inaplazables me reclaman lejos de aquí; por consiguiente, obligado me veo a despedirme de vosotros en este preciso instante.
- BAUTISTA ¿Es posible que queráis partir esta tarde misma?
- PETRUCHIO Hoy mismo, sí, antes de que sea de noche. Por consiguiente, doy muchas gracias a todos, nobles compañeros, testigos de mi unión con la más paciente, la más dulce y virtuosa de las esposas. Comed en compañía de mi suegro, bebed a mi salud, y en lo que a mí afecta, como es preciso que me vaya, adiós a todos.
- TRANIO Permitidnos suplicaros que os quedéis hasta después de la comida.
- PETRUCHIO Imposible.

- GREMIO Dejarme que os lo suplique yo también.
- PETRUCHIO Imposible digo.
- CATALINA Yo uno mis ruegos a los suyos.
- PETRUCHO Me place en extremo.
- CATALINA ¿Os place en extremo quedaros?
- PETRUCHIO Me place en extremo que me supliquéis que me quede. Pero podríais hartaros de suplicarme y no me quedaría.
- CATALINA No obstante, si es que me amáis, quedaos.
- PETRUCHIO ¡Grumio, los caballos!
- GRUMIO Dispuestos están, mi amo. Y con la tripa llena de avena.
- CATALINA Pues bien, haced como os plazca. En cuanto a mí, no partiré hoy, ¡no! Ni mañana. Ni antes de que me dé la gana hacerlo. La puerta abierta está, señor mío: el camino ahí le tenéis. Podéis trotar hasta que vuestras botas no puedan ya más. Pero yo no partiré más que cuando se me antoje hacerlo.
- BATISTA Ea, Cata querida, no te enfades, te lo ruego.
- CATALINA ¡Me da la gana enfadarme! En cuanto a vos, padre, puedes estar tranquilo. Esperará hasta que a mí se me antoje.
- GREMIO (A BAUTISTA.) Esto ya es otra cosa, caballero.
- CATALINA Señores, ¡a la mesa todos! Ya veo que se puede hacer de una mujer un espantajo si no tiene el valor de resistir.
- PETRUCHIO (CON VIOLENCIA TREMENDA.) ¡Estos caballeros irán a comer, puesto que se lo ordenas! En cuanto a mi Cata, mi hermosa Catalina, ¡partirá conmigo! (LA COGE POR LA CINTURA CUAL SI LA DEFENDIESE CONTRA LOS OTROS.) Ea, lucero, no te hagas la enfadada, no patalees ni te revuelvas; no eches miradas furibundas ni hagas gestos de cólera. Yo quiero ser dueño de lo que es mío. Mi mujer es mi bien, mi todo, mi casa, mi mobiliario, mi campo, mi granja, mi caballo, mi buey, mi asno: ¡cuanto quiero y tengo! (DESENVAINA LA ESPADA.) ¡Aquí la tenéis! Pero ¡ay de quien la toque! ¡Desafío a todo matachín de Padua que se atreva a cerrarme el camino! Grumio, ¡desenvaina, que estamos rodeados de bandidos! ¡Ven a socorrer a tu señora si es que eres un hombre! En cuanto a ti, mi Cata adorada, no temas nada, que nadie se atreverá a tocarte. ¡Aquí estoy yo para ser tu escudo incluso contra un millón de enemigos! (SE LA LLEVA DE LA PLAZA VIOLENTAMENTE MIENTRAS GRUMIO HACE QUE PROTEGE SU RETIRADA.)
- GREMIO Si no se van tan pronto, reviento de risa.
- TRANIO No creo que haya habido jamás matrimonio de locos semejantes.
- LUCENTIO (A BLANCA.) Señora, ¿qué pensáis de vuestra hermana?
- BLANCA Que para una loca de atar siempre hay un loco rematado.
- BAUTISTA Amigos míos, vecinos: si el casado y la casada no están para ocupar su puesto en la mesa, sí habrá, en cambio, comida y bebida en abundancia. Vamos, pues, Lucentio, vos ocuparéis el puesto del marido, y Blanca, el de su hermana.
- LUCENCIO ¿Va la encantadora Blanca a aprender cómo se hace de recién casada?
- BAUTISTA Así es, Lucentio. Venid señores, vamos. (ENTRAN A LA CASA.)

ESCENA V

GRAN SALA A LA ENTRADA DE LA CASA DE CAMPO DE PETRUCHIO

(ENTRA GRUMIO TODO CUBIERTO DE BARRO)

- GRUMIO ¡Mal haya! ¡Mal haya de todos los jamelgos derrengados, de los malos caminos! ¿Ha habido jamás hombre más zarandeado, más enlodado y más molido que yo? Me ha echado por delante para que encienda el fuego y llegan tras de mí para calentarse. ¡A ver! ¡Hola! ¡Curtis! (ENTRA CURTIS.)
- CURTIS ¿Quién llama con voz que tiritita?
- GRUMIO Un pedazo de hiel. ¡Lumbre, lumbre, mi querido Curtis!
- CURTIS ¿Es que el amo y su esposa llegan, Grumio?
- GRUMIO Sí, sí, Curtis; están al llegar, conque, ¡fuego!, ¡fuego!
- CURTIS Y dime: ¿la fiera tiene la cabeza tan caliente como dicen?
- GRUMIO La tenía, excelente. Curtis, antes de esta helada. Pero bien sabes que el invierno doma todo: hombre, mujer y bestia.
- CURTIS ¿Es que quieres hacernos fuego, o será preciso que me queje de ti a nuestra ama? Te aseguro que si tardas tanto en preparar lo necesario para que se caliente, ella te hará en menos tiempo sentir la caricia de sus manos heladas.
- CURTIS Ea, Grumio, hombre, dime, te lo ruego, qué pasa por el mundo.
- GRUMIO (MIENTRAS CURTIS ENCIENDE FUEGO.) Pasa que se hiela. Pasa que el único oficio bueno es el de fogonero: el tuyo. Por consiguiente, atiza. Haz tu deber y hallarás recompensa. Mi amo y mi ama están medio muertos de frío.
- CURTIS Ya tienes el fuego encendido, conque ahora, mi buen Grumio, vengan las noticias.
- GRUMIO Por cierto, ¿dónde está el cocinero? ¿Está la sopa lista, la casa en condiciones, el piso esterado y barridas las telas de araña? ¿Tienen las mesas manteles? ¿Está todo preparado?
- CURTIS ¡Todo! Por consiguiente, ¡habla, hombre!
- GRUMIO Pues bien, ante todo, sabe que mi caballo está rendido y que el amo y el ama se han caído.
- CURTIS ¿Que se han caído?
- GRUMIO ...de sus sillas en medio del barro, y aquí empieza la historia.
- CURTIS Cuéntamela, mi excelente Grumio.
- GRUMIO Aguza el oído.
- CURTIS Alerto está.
- GRUMIO Y ahora, empiezo: primero hemos bajado por una cuesta malísima; el amo a la grupa, detrás del ama...
- CURTIS (INTERRUMPIENDO A GRUMIO.) ¡Diantre, los dos sobre el mismo jamelgo!
- GRUMIO ¿Qué has dicho?
- CURTIS He dicho: los dos sobre el mismo jamelgo.
- GRUMIO Pues si lo sabes, sigue tú contando. ¿Ves?, de no haberme interrumpido hubieras sabido cómo el caballo ha caído, y ella

debajo, pero precisamente encimita del cenegal. Luego, la clase de cenegal que era; de qué modo se rebozó en el barrio; cómo el amo la dejó, caballo y todo sobre ella; y cómo a mí me sacudió por haber tropezado el caballo del ama. Luego lo que ella chapoteó en el barro para venir a librame de sus manos; de qué manera él juraba, ¡y cuánto ella le suplicaba! Ella, que jamás había suplicado antes. Y cómo yo chillaba de tal modo, que los caballos salieron escapados. Cómo la brida del ama se rompió. Cómo yo perdí mi grunera. Y muchas otras cosas más dignas de memoria, pero que morirán en el olvido.

- CURTIS           A juzgar por lo que dices, está él más rabioso que ella.
- GRUMIO           De ello no hay duda. Y esto, tanto tú como el más majo de la casa lo descubriréis en cuanto llegue. ¿Pero a qué tantas palabras? Llama a Nataniel, a José, a Nicolás, a Felipe, a Walter Pílon de Azúcar y a todos los demás. Y ¡mucho ojo! Que estén bien peinados, las libreas azules bien cepilladas y las ligas perfectamente atadas. ¿Están todos dispuestos?
- CURTIS           Lo están.
- GRUMIO           Llámales entonces.
- CURTIS           (A VOCES.) ¡A ver! ¿Me oís?
- (ENTRAN CUATRO O CINCO SERVIDORES, QUE SE AGRUPAN EN TORNO A GRUMIO.)
- NATANIEL        Bienvenido, Grumio.
- FELIPE           ¿Qué tal, Grumio?
- NICOLAS         ¡Querido Grumio!
- NATANIEL        ¿Cómo te ha ido, muchacho?
- GRUMIO           Hola, tú... Y tú, ¿cómo estás?... ¿Estás tú aquí también?... Adiós, compadre... Y ya basta de saludos. Y ahora, mis buenos mozos, ¿es que todo está dispuesto? ¿Todo en orden?
- NATANIEL        Todo. ¿A qué distancia está el amo?
- GRUMIO           A dos pasos. Pero, ¡silencio, que ya le oigo! (ENTRAN PETRUCHIO Y CATALINA, LLENOS DE BARRO.)
- PETRUCHIO       ¿Dónde están ese hatajo de inútiles? ¿De modo que nadie a la puerta para tenerme el estribo y para recoger al caballo? ¿Dónde está Nataniel? ¿Dónde Gregorio? ¿Dónde Felipe?
- LOS CRIADOS    ¡Aquí! ¡Aquí, señor! ¡Aquí!
- PETRUCHIO       ¡Aquí! ¡Aquí, señor! ¡Aquí! ¡Tarugos! ¡Asnos! ¡Unos grandes asnos! Nadie para saludarnos y desearnos la bienvenida. ¿Dónde está ese idiota, ese papanatas al que he enviado por delante?
- GRUMIO           Aquí estoy, señor, tan idiota como de costumbre.
- PETRUCHIO       ¿No te había dicho que salieses a esperarme al parque en unión de esta cuadrilla de gznápiros? ¡Largo, bribones! ¡Id a buscar la cena! (LOS CRIADOS SALEN. PETRUCHIO CANTA.) ¡Qué fue de la vida que yo llevaba!... ¿Dónde están...? (FIJÁNDOSE EN CATALINA.) Pero siéntate y sé la bienvenida, Cata... A comer, a comer, ¡a comer! (ENTRAN LOS CRIADOS TRAYENDO LA CENA.) ¿Qué? ¿Llega la cena, al fin? Ea, mi buena, mi dulce Cata, ¡ánimate. Pero, ¿qué hacéis que no me quitáis las botas, canallas? (CANTA.) ¿Dónde están mis zapatillas? Y esa agua, ¿llega o no llega? (LE PRESENTAN LA ALJOFAINA POR SEGUNDA VEZ.) Ven Cata, ven a lavarte, y de todo corazón, sé la bien venida. (EMPUJA AL CRIADO, QUE DEJA CAER EL AGUA.) ¡Idiota! ¡Hijo de perdida! (LE PEGA.)
- CATALINA        Tened paciencia, os lo ruego. Lo ha hecho sin querer.

- PETRUCHIO ¡Es un hijo de zorra!, ¡una cabeza de leño!, ¡un orejas de asno! Ea, Cata, ven a sentarte, que sé que tienes mucha hambre. ¿Quieres decir el Pater Noster, mi querida Cata, o lo digo yo? Pero ¿qué es eso?, ¿carnero?
- PRIMER CRIADO Sí, mi amo.
- PETRUCHIO ¿Quién le ha traído?
- PRIMER CRIADO Yo.
- PETRUCHIO ¡Pero si está todo quemado! ¿Cómo habéis tenido la audacia de traer una carne semejante y de servírmela en este estado, sabiendo de qué modo la detesto así? ¡Quitadme de delante todo eso! ¡Platos, vasos, todo! (LES TIRA LA CENA A LA CABEZA.) ¡Idiotas! ¡Imbéciles! ¡Animales! ¡Dentro me las entenderé con vosotros! (ECHA A TODOS DE LA SALA MENOS A CURTIS.)
- CATALINA Por favor, esposo, no os atormentéis así. En cuanto a la carne, en su punto estaba, podéis creerme.
- PETRUCHIO Pues yo digo, Cata, que estaba toda quemada; toda seca. Y la carne a tal punto asada me está enteramente prohibida. No debo ni probarla. Parece ser que produce bilis y que mueve a la cólera. Ten paciencia. Mañana irá la cosa mejor. Ea, ven. Voy a conducirte a la cámara nupcial. (SALEN SEGUIDOS DE CURTIS. LOS CRIADOS ENTRAN POCO A POCO.)
- NATANIEL Pedro, ¿viste jamás cosa semejante?
- PEDRO La está domando a fuerza de imitar su carácter. (CURTIS VUELVE.)
- GRUMIO ¿Dónde está?
- CURTIS En el cuarto de su mujer, pronunciando un gran discurso. Maldice, jura y truena de tal modo que la pobre criatura no sabe ya qué hacer, adónde mirar ni qué decir. Ha acabado por sentarse y está como alguien que acaba de despertar de un sueño. (ENTRA PETRUCHIO.)
- PETRUCHIO Creo que he comensado mi reinado como hábil político y espero llevar mi empresa a buen fin. Nada ha comido hoy y nada comerá mañana aún. La noche última no durmió y ésta no dormirá tampoco. Del mismo modo que con la cena, ya encontraré una estratagema cualquiera, sobre el modo como han hecho la cama, y hallada, todo irá por los aires; aquí la almohada; allá, el almohadón; las mantas, por un lado; las sábanas, por otro. Y, naturalmente, no dejaré de jurar y de repetir que cuanto hago es por ella. En una palabra, velará toda la noche, pues en cuanto incline la cabeza me pondré a jurar y a maldecir como un condenado, y con mis voces no habrá medio de que pegue los ojos. ¡He aquí cómo se agobia a una mujer a fuerza de bondad! Si alguien conoce un medio mejor para domar a un fiero, que hable; haría una verdadera caridad indicándomelo. (SALE.)

#### ESCENA VI

PADUA. UNA PLAZA. ANTE LA CASA DE BAPTISTA

(LUCENTIO (COMO CAMBIO) Y BLANCA, SENTADOS EN UN BANCO, LEEN UN LIBRO; TRAMIO (EN LUCENTIO SIEMPRE) Y HORTENSIO SALEN DE UNA CASA SITUADA AL OTRO LADO DE LA PLAZA.)

- TRAMIO ¿Sería posible, Licio, que la señora Blanca se interesase por otro hombre que por mí, Lucentio? Os aseguro que no puede estar conmigo más amable.
- HORTENSIO Pues para que os convenzáis de lo que os he dicho, observar, cómo le da su lección.
- TRAMIO ¡Oh engañador amor! ¡Oh inconstancia de las mujeres! Es como para no creerlo, Licio, te lo aseguro.

- HORTENSIO Pues bien, cese la equivocación yo no me llamo Licio, no soy un músico, como aparento. Sabed, caballero, que yo me llamo Hortensio.
- TRANIO Señor Hortensio, con frecuencia he oído hablar de vuestro profundo afecto hacia Blanca; y puesto que mis ojos son testigos de su ligereza quiero, al mismo tiempo que vos, si me lo permitís, abjurar para siempre de ella y de su amor.
- HORTENSIO ¡Ya habéis visto cómo se besan y se acarician! Señor Lucentio, he aquí mi mano. Desde este momento me comprometo formalmente a no hacerle más la corte.
- TRANIO Y yo, asimismo, hago juramento sincero de no desposarla jamás; incluso si me lo suplicase.
- HORTENSIO En cuanto a mí con objeto de estar aún más seguro de cumplir lo que prometo, voy a casarme antes de tres días con una viuda rica que no ha dejado de adorarme. Pos consiguiente, adiós, señor Lucentio. En adelante no serán los lindos rostros de las mujeres, sino la bondad de su corazón, lo que conseguirá mi amor. (SALEN. TRANIO VA EN BUSCA DE LOS ENAMORADOS, QUE VUELVEN A SU VEZ.)
- TRANIO ¡Que el cielo os conceda, señora Blanca, todos los favores patrimonio de los amantes felices! Debo deciros que, habiendo sorprendido vuestras caricias, tanto Hortensio como yo, hemos renunciado a vos.
- BLANCA ¿No hablas en broma, Tranio? ¿Habéis renunciado, en verdad, a mí?
- TRANIO Así es, señora.
- LUCENTIO Henos, pues, desembarazados en Licio.
- TRANIO Ha partido en busca de una buena moza, viuda por más señas, que se dejará seducir y desposar en un día.
- BLANCA ¡Buen provecho les haga!
- TRANIO Y, además, él pronto la habrá domado.
- BLANCA Al menos lo dirá, Tranio.
- TRANIO Seguro, pues ha partido en dirección a la escuela donde se aprende a domar a las mujeres.
- BLANCA ¿La escuela donde se aprende a domar a las mujeres?, pero, ¿existe tal escuela?
- TRANIO Por supuesto, señora. Y en ella, Petruccio es el maestro. El enseña los procedimientos, que caen como un treinta y un uno, para domar a las mujeres ariscas, y para hacer dormir su lengua cuando es demasiado violenta. (ENTRA SIRVIENTE, CORRIENDO.)

#### ESCENA VII

UNA GRAN SALA EN CASA DE PETRUCHIO

(ENTRAN CATALINA Y GRUNIO)

- CATALINA ¿Es que se ha casado conmigo para matarme de hambre? Los mendigos que llegan a la puerta de mi padre no tienen sino pedir, y al momento reciben la limosna que imploran. Pero yo, que jamás aprendí a implorar, que jamás tuve necesidad de implorar, privada me veo de alimento y la cabeza se me va por falta de sueño. Y lo que aún me desespera más que todas las privaciones, es ver que todo lo hace con el pretexto de un amor perfecto. Por lo tanto, te lo ruego una vez más; ve a buscarme algo de comer.
- GRUNIO ¿Qué os parecería un pie de temera?

- CATALINA ¡Pero un pie de ternera es delicioso! ¡Tráemelo al punto!
- GRUMIO Ahora me pregunto si no sería un manjar demasiado fuerte. ¿Qué os parecerían, si no, unos callos bien preparados?
- CATALINA ¡Oh los callos! ¡Loca me vuelven! ¡Corre a por ellos, mi buen Grumio!
- GRUMIO ¿Qué hacer? ¿Y si os resultan irritantes? ¿No sería tal vez mejor un buen pedazo de vaca con su poquito de mostaza?
- CATALINA ¡Es uno de mis platos preferidos!
- GRUMIO Sí, pero he hablado de mostaza y la mostaza es, seguramente, condimento demasiado fuerte.
- CATALINA Pues bien, tráeme la carne y vaya al diablo la mostaza.
- GRUMIO No. Eso de ningún modo. Grumio os traerá, señora, la vaca con su buena mostaza, o nada.
- CATALINA Bueno; bien; sí; las dos cosas. O una sin la otra. O lo que tú quieras.
- GRUMIO ¿Tal vez entonces la mostaza sin la carne?
- CATALINA (PEGÁNDOLE.) ¡Vete de aquí, insolente, que te burlas de mí, y como todo alimento no haces sino enumerarme los platos! ¡Ay de ti y de toda la miserable banda que de tal modo abusa de mi desgracia! ¡Vete! ¿No te digo que te vayas? (ENTRAN PETRUCHIO Y HORTENSIO TRAYENDO PLATOS CON COMIDA.)
- PETRUCHIO ¿Cómo esá mi dulce Catita? Pero, ¿qué tienes, amor mío? ¿Qué carita es ésa de cadáver?
- HORTENSIO ¿Cómo estáis, señora?
- CATALINA Tan mal como es posible estar.
- PETRUCHIO ¡Arriba el ánimo! Mírame con alegría. Ea, bien mío, mira cómo me he ocupado de ti con toda presteza. Yo mismo he preparado tu desayuno y aquí te lo traigo. (PONEN LOS PLATOS SOBRE LA MESA.) ¿Ni siquiera una palabra? Entonces es que no te gusta lo que te traigo y que toda mi diligencia ha sido por nada, ¡A ver!, ¡llevaos este plato!
- CATALINA ¡No! Dejadle. Os lo ruego.
- PETRUCHIO El servicio más modesto suele ser recompensado con un "gracias". Tú recompensarás, pues, el mío antes de tocar este plato.
- CATALINA Muchas gracias, señor. (SE SIENTA A LA MESA. PETRUCHIO PERMANECE DE PIE.)
- HORTENSIO (SENTÁNDOSE FRENTE A CATALINA.) ¿No te sientas tú? Haces mal. Pues comamos nosotros, señora. Yo os acompañaré.
- PETRUCHIO (POR LO BAJO A HORTENSIO.) Hortensio, si me quieres hacer un favor, ¡cómetelo todo! (A CATALINA, EN VOZ ALTA.) Que te haga muy buen provecho lo que vas a comer, corazón mío. Y date prisa. Porque inmediatamente, mi dulce compañera querida, volveremos a casa de tu padre, adonde quiero que te presentes con trajes tan ricos como los de las más ricas damas. (GRUMIO ARRAMPLA CON LOS PLATOS.) ¡Ah! ¿Has acabado ya de desayunar? Pues muy bien. El sastre sólo espera que te plazca recibirle para adornar tu graciosa persona con los más suaves y acariciadores atavíos. (ENTRA UN SASTRE, LLEVANDO UN TRAJE AL BRAZO.) Adelante, sastre, y veamos ese traje. Muestra tu maravilla. (ENTRA UN MERCERO CON UNA CAJA.) Y tú, mercero, ¿qué te trae?

- EL MERCERO Traigo, la toca que Vuestra Señoría me ha encargado.
- PETRUCHIO ¿Llamas a esto una toca? ¿Las has modelado, acaso, con una escudilla? ¿Toca dices? ¡Llamar toca a una especie de vaina!, ¡a una cáscara de nuez!, ¡a una baratija! ¡a un perendengue! ¡a un juguete!, ¡a un gorrillo de muñeca! ¡Al diablo tu toca! Yo quiero algo más grande.
- CATALINA Pues yo no quiero una cosa más grande. Esta toca está a la moda. Las damas de buen tono llevan tocas como ésta.
- PETRUCHIO ¡Cuando dulcifiques el tuyo tendrás una; no antes!
- CATALINA ¿Cómo? ¿Es que yo no tengo derecho a opinar? Pues sabed que diré aquello que deba decir, porque yo no soy ni una niña ni un muñeco. De modo que si vos no podéis soportarlo no tenéis sino taparos los oídos.
- PETRUCHIO Pardiez, dices mucha verdad. Esta toca es lastimosa. Te amo aún más viendo que no te gusta.
- CATALINA Me améis o no me améis, a mí me gusta la toca. Y quiero ésa o ninguna. (GRUMIO HACE SALIR AL MERCERO.)
- PETRUCHIO ¿Tu vestido dices? ¡Ah, sí!, es verdad. Acércate, sastre. Muestra lo que traes. (EL SASTRE OBEDECE.) ¡Bondad divina de bondad divina! ¿Esto qué es?, ¿una manga? ¡Pero si parece un cañón!, ¡una bombardita! ¿Qué diablo de nombre de demonio das tú a esto, sastre?
- HORTENSIO (APARTE.) Que me cuelguen si no se queda sin toca ni vestido.
- SASTRE Me habéis encargado, señor, que le hiciera elegante, bonito, a la última moda.
- PETRUCHIO ¡Naturalmente! Pero lo que no te he dicho es que degollases la moda. ¡Ni verle quiero! Haz con él lo que te plazca.
- CATALINA Pues yo no he visto nunca un vestido mejor cortado, más elegante, más bonito y más como es debido. Diríase que os empeñáis en tratarme como a un pelele.
- SASTRE Ya lo oís, señor. Bien claro dice que vuestra señoría quiere tratarla como a un pelele.
- PETRUCHIO ¡¡¡¡¡ientes, hembra humana!, ¡hilo!, ¡hebra!, ¡ideal!, ¡vara de medir! ¡Largo de aquí! Yo te digo y te repito que has estropeado el vestido.
- SASTRE Vuestra Señoría se equivoca. El traje ha sido hecho exactamente como mi maestro había recibido orden de hacerlo. Grumio puede decirlo, que fue quien vino a encargarme.
- GRUMIO Yo no encargué nada. Cuanto hice fue dejar la tela.
- SASTRE ¿Y cómo dijiste que el vestido fuese hecho?
- GRUMIO Con hilos y agujas.
- SASTRE Pero, ¿no encargaste que estuviese bien acuchillado?
- PETRUCHIO (EN VOZ BAJA A HORTENSIO.) Hortensio, ocúpate de que paguen al sastre. (AL SASTRE.) Lo dicho. ¡Largo!, ¡lévate eso, y ni una palabra más.
- HORTENSIO (EN VOZ BAJA AL SASTRE.) Yo te pagaré mañana el vestido. Que no te enfaden sus modales algo bruscos. Vete sin cuidado y mil felicitaciones a tu maestro. (SALE EL SASTRE.)
- PETRUCHIO Ea, vamos, mi querida Cata. Iremos a casa de tu padre con los sencillos y modestos adornos que tenemos. Si nuestros vestidos

son humildes, nuestra bolsa, en cambio, estará repleta. Y si ello te hace enrojecer, ¡caiga sobre mí la vergüenza! Por consiguiente, alégrate a partir de este instante, con objeto de poder banquetear y festejar, como es debido, en casa de tu padre. (A GRUNIO.) Avisa a mi gente, pues partimos en seguida. Vamos a ver, me parece que son aproximadamente las siete, de modo que podemos estar allí, perfectamente, para la hora del almuerzo.

CATALINA Yo me atrevo a aseguráros, señor, que son cerca de las dos. Luego, lo que haremos será llegar para la cena.

PETRUCHIO Las siete serán antes de que yo monte a caballo. (A LOS CRIADOS.) Dejados. Ya no partiré hoy. Y cuando lo haga será a la hora que me plazca decir.

HORTENSIO He aquí, ¡por Dios!, ¡cómo se doma a una fiera!

#### ESCENA VIII

EN PADUA, DELANTE DE LA CASA DE BAUTISTA

(ENTRAN TRANIO (HACIENDO SIEMPRE DE LUCENTIO) Y EL PEDAGOGO, VESTIDO CUAL SI FUESE VINCENTIO, Y CON BOTAS DE VIAJE CUAL SI ACABASE DE LLEGAR)

LUCENTIO ¿Qué más?

TRANIO Que el viejo cura de la iglesia de San Lucas está a vuestra disposición a todas horas.

LUCENTIO ¿Consecuencia de todo ello?

TRANIO ¡Qué sé yo! A no ser que mientras ellos están ocupados en hacer un contrato falso, bien podríais vos redactar uno verdadero con toda clase de derechos y privilegios, y tras ello ir a la iglesia. Un cura, un empleado de notaría y algunos testigos honrados, completarían lo que faltase. Si no es ésta la ocasión que esperabais, no me queda sino callarme. Claro que no sin aconsejaros que digáis adiós a Blanca para siempre. (HACE ADELANTE COMO PARA RETIRARSE.)

LUCENTIO ¡Espera! Escúchame, Tranio.

TRANIO No puedo esperar más tiempo. He conocido una muchacha a la que le bastó una tarde para casarse. Es decir, aprovechando el ir a su huerta a coger perejil para preparar un conejo. Haced como ella, señor. Tras lo cual, ¡adiós, mi amo! El otro me ha ordenado que vaya a la iglesia de San Lucas con objeto de decir al cura que esté dispuesto para el momento en que lleguéis con vuestra mitad. (SALE.)

LUCENTIO Entendido y de acuerdo... si Blanca consiente. Que consentirá. ¿Podría dudarlo? Suceda lo que suceda, le propondré la cosa sin tapujos; y mal tendría que irle a Cambio para volver sin ella. (SALE.)

EN CAMINO DE PADUA

(PETRUCHIO, CATALINA, HORTENSIO Y VARIOS CRIADOS, DESCANSAN AL BORDE DE LA RUTA.)

PETRUCHIO (LEVANTÁNDOSE.) ¡En marcha, en nombre de Dios! En marcha hacia la casa de nuestro padre. ¡Señor de bondad, con qué claridad magnífica resplandece la luna!

CATALINA ¿La luna, decís? Querréis decir el sol. ¿Dónde está la luna ahora?

PETRUCHIO Yo digo que lo que brilla en el cielo es la luna.

CATALINA Y yo que esta luz es la luz del sol.

- PETRUCHIO ¿Cómo? ¡Por el hijo de mi madre! ¡Es decir, por mí mismo, que ha de ser la luna, una estrella o lo que me dé la gana! De lo contrario, ¡no seguiré marchando hacia la casa de tu padre!
- HORTENSIO (EN VOZ BAJA A CATALINA.) Decid como él o no llegaremos jamás.
- CATALINA Continuemos, os lo ruego, ya que hemos venido hasta aquí. Y que sea luna, sol o lo que gustéis. Y si os place que lo que nos alumbrará sea un cabo de vela, os juro que, en adelante, un cabo de vela será para mí.
- PETRUCHIO Yo digo que es la luna y basta.
- CATALINA Pues bien, la luna; seguro.
- PETRUCHIO ¿Por qué mientes? ¡Es el bendito sol!
- CATALINA Sea entonces Dios bendito también. ¡El bendito sol es! Y dejará de serlo si decís que no lo es. Como la luna cambiará a medida que se os antoje. Nombre que déis a las cosas, tal será su nombre verdadero. Y lo será siempre. Al menos para Catalina.
- HORTENSIO Petruccio, sigue tu camino. Todo el campo es tuyo ya.
- PETRUCHIO ¡Adelante entonces! Así es como debe rodar la bola, sin chocar ni tropezar torpemente... Pero... ¡calla!... ¿Quién llega? (VEN VENIR A VINCENTIO EN TRAJE DE VIAJE. PETRUCHIO SE DIBUJA A EL DEL MODO SIGUIENTE:) Buenos días, hermosa señora. ¿Adónde vais? Dime, querida Catalina, dime con toda franqueza: ¿Has visto jamás una joven con un tinte de cara tan fresco? Azucenas y rosas disputándose sus mejillas. Y, ¿qué estrellas esmaltaron jamás el cielo, con belleza semejante a los dos ojos que adornan su rostro celestial? Agradable y encantadora joven, una vez aún, ¡buenos días! Querida Cata, abrázala por amor a su deliciosa belleza.
- HORTENSIO ¡Va a volver loco a este hombre, queriendo hacer de él una mujer!
- CATALINA Joven virgen en flor, dulce, fresca y suavemente hermosa. ¡Dichosos los padres de tan encantadora criatura!
- PETRUCHIO ¡Pero, Cata! ¿Qué te ocurre? ¿Te has vuelto loca? ¡Considera que se trata de un hombre! De un anciano, todo lleno de arrugas. Ajado, marchito; no de una muchacha como tú dices.
- CATALINA Anciano padre, perdonad el error de mis ojos. Están de tal modo deslumbrados por este sol, que cuanto veo me parece envuelto en cegadora juventud. Mas ahora advierto, sí, que sois un venerable patriarca. Perdonad, pues, mi aturdida equivocación.
- PETRUCHIO Sí, perdón, noble anciano. Y decidnos, ¿hacia dónde dirigís vuestros pasos? Si vais allí, donde nosotros, felices seremos con vuestra compañía.
- VIEJO Buen caballero, y vos, encantadora señora, que por cierto mucho me habéis sorprendido con vuestra manera de abordarme (SE INCLINA SALUDANDO), mi nombre es Vincentio, mi patria, Pisa, y voy a Padua para reunirme con mi hijo, al que no he visto hace mucho tiempo.
- PETRUCHIO ¿Cómo se llama?
- VIEJO Lucentio, noble señor.
- PETRUCHIO ¡Feliz encuentro el nuestro, y aún más para vuestro hijo! Sabed que la hermana de mi mujer, la noble dama aquí presente, acaba de casarse con vuestro hijo. Y que ello no os sorprenda ni os aflija, pues no solamente ella goza de la más excelente reputación, sino que su nacimiento es tan honroso como rica su dote.
- VIEJO Pero, ¿es verdad cuanto oigo? ¿O es que, como viajeros llenos de buen humor, os entretenéis en bromear con cuantos encontráis en vuestro camino?

- HORTENSIO Os aseguro, venerable anciano, que cuanto os dice es la pura verdad.
- PETRUCHIO Ea, ea, venid con nosotros y veréis cuan cierto es lo que digo. Claro, que se comprende que nuestra primera chanza os haga desconfiado. (SALEN TODOS. HORTENSIO EL ULTIMO.)
- HORTENSIO ¡Bien por Petruccio! Todo cuanto ha ocurrido me anima en mi propósito. Corro junto a mi viuda. Tú me has enseñado, caso de que sea arisca, a mostrarme aún más intratable que ella. (SIGUE A LOS DEMÁS.)

ESCENA IX

(GREMIO EN PRIMER PLANO. POR UN LADO LLEGAN TRANIO, LUCENTIO Y BLANCA.)

- VIEJO ¿Es posible que de este modo se insulte y maltrate a los extranjeros? ¡Oh banda de canallas! (VUELVE TRANIO ACOMPAÑADO DE LUCENTIO Y DE BLANCA.)
- TRANIO ¡Ahora sí que estamos perdidos! Ahí lo tenéis. Renegad de él, abjurad de él, io acaba con nosotros!
- LUCENTIO (ARRODILLANDOSE DELANTE DEL VIEJO.) ¡Perdón, padre mío!...
- VIEJO ¡Ah! ¡Mi hijo adorado está aún con vida! (SIRVIENTE, TRANIO Y EL PEDAGOGO ESCAPAN Y SE REFUGIAN A TODA PRISA EN CASA DE LUCENTIO.)
- BLANCA (ARRODILLANDOSE ANTE BAUTISTA.) ¡Perdón, mi querido padre!
- BAUTISTA ¿Qué falta has cometido?... ¿Dónde está Lucentio?
- LUCENTIO Yo soy quien es Lucentio, el verdadero hijo del verdadero Vincentio, y mediante matrimonio, acabo de hacer mía a tu hija, mientras que los demás, haciéndose pasar por lo que no eran, te engañaban.
- TRANIO ¡Es un verdadero complot para engañarnos a todos!
- VIEJO ¿Dónde está ese bribón insolente de Tranio, que se ha atrevido a desafiarme en mi propia cara?
- BAUTISTA (A BLANCA.) ¡Esta sí que es buena! Pero éste, ¿no es Cambio?
- BLANCA Cambio se ha transformado en Lucentio.
- LUCENTIO Es el amor el que ha obrado estos milagros. Mi amor hacia Blanca me hizo cambiar mi condición con Tranio, mientras éste se hacía pasar por mí en la ciudad. Mas, al fin, he podido llegar felizmente al puerto de mi felicidad. Lo que Tranio ha hecho, obligado por mí ha sido. Perdonadle, pues, mi querido padre, por amor a mí.
- BAUTISTA (A LUCENTIO.) Pero decidme, caballero, ¿seríais capaz de haber desposado a mi hija sin obtener mi consentimiento?
- VINCENTIO No temáis nada, Bautista, os daremos toda clase de satisfacciones. (SALE.)
- BAUTISTA Y yo preciso es que reflexione bien sobre esta picardía. (SALE TAMBIEN.)
- LUCENTIO No palidezcas, Blanca; tu padre no se enfadará. (LUCENTIO Y BLANCA SIGUEN A BAUTISTA.)
- GREMIO En cuanto a mí, perdí la partida. Pero me iré con los de más, porque  
Perdida queda ya toda esperanza,  
menos en el banquete hinchar la panza. (LES SIGUE.)
- CATALINA (ASOMANDO, POCO A POCO, CON PETRUCHIO.) Vayamos nosotros también,

esposo mío, a ver en qué queda todo esto.

PETRUCHIO Con mucho gusto, Cata. Pero, ante todo, abrázame.

CATALINA ¿Aquí, en medio de la calle?

PETRUCHIO ¿Por qué no? ¿Tienes vergüenza de mí?

CATALINA ¡Oh, no, señor. Pongo a Dios por testigo. Pero sí de hacerlo en plena calle.

PETRUCHIO Pues entonces volvamos a casa. (A GRUMIO.) ¿Has oído, granuja? ¡Partamos!

CATALINA ¡No, no! Te voy a besar, sí (LO HACE.) Y ahora, amor mío, quedémonos, te lo ruego.

PETRUCHIO ¿No es verdad que el cariño es cosa buena? Ven, mi dulce Cata. Nunca es demasiado tarde para obrar bien. Ciertamente que más vale tarde que nunca. (SALEN.)

### ESCENA X

PADUA. UNA SALA EN CASA DE LUCENTIO

(LOS SERVIDORES ABREN LA PUERTA PARA QUE ENTREN BAUTISTA Y VICENTIO; GREMIO Y EL PEDAGOGO, LUCENTIO Y BLANCA, PETRUCHIO Y CATALINA, HORTENSIA Y LA VIUDA. MAS LOS CRIADOS, ENTRE ELLOS TRANIO, CON LOS POSTRES.)

LUCENTIO Mi hermosa Blanca, de la bienvenida a mi padre, mientras que yo presento mis homenajes al tuyo. Petruccio, hermano mío: Catalina, hermana, y tú, Hortensio, con tu amable viuda, haced honor a nuestra invitación aún, y sed los bien venidos a mi casa. Este postre, destinado a cerrar nuestro apetito está, tras el buen almuerzo que acabamos de hacer. Sentaos, pues, os lo ruego, y charlemos mientras comemos. (SE SIENTAN TODOS EN TORNO A LA MESA Y LOS CRIADOS SIRVEN FRUTAS, DULCES, VINOS, ETC.)

PETRUCHIO Instalémonos, sí, y sigamos comiendo.

BAUTISTA Padua es quien os ofrece todas estas cosas deliciosas, Petruccio.

PETRUCHIO Nada ofrece Padua que no sea amable y dulce.

HORTENSIO Bien quisiera, pensado en vosotros dos, que lo que dices fuese la verdad.

PETRUCHIO ¡Por mi vida, Hortensio! Me parece que es el miedo de tu viuda lo que te hace hablar así.

LA VIUDA Por mi parte, os aseguro que el miedo no sería el mejor medio de seducirme.

PETRUCHIO Sois muy inteligente, señora. No obstante, esta vez os equivocáis respecto al sentido de mis palabras. Lo que quiero decir, por el contrario, es que Hortensio es el que os teme.

LA VIUDA Aquel cuya cabeza le da vueltas, cree que lo que gira es el mundo entero.

PETRUCHIO ¡Bien dicho, a fe mía!

CATALINA ¿Qué queréis decir con ello, señora?

LA VIUDA Quiero decir lo que concibo de él.

CATALINA Aquel cuya cabeza le da vueltas, cree que lo que gira es el mundo entero. Ahora soy yo quien os ruega, señora, que me digáis qué queréis decir con esto.

- LA VIUDA           Pues que vuestro marido, afligido a causa de una mujer malhumorada, mide la posible desgracia del mío por la suya propia. Ahora ya conocéis exactamente mi pensamiento.
- CATALINA           Pensamiento bien bajo, ciertamente.
- LA VIUDA           Exacto; en lo que a vos se refiere, en todo caso.
- CATALINA           Y tal vez más aún en lo que os afecta, señora mía.
- PETRUCHIO         ¡A ella, Cata!
- HORTENSIO         ¡A ella, esposa!
- PETRUCHIO         ¡Cien marcos a que mi Cata queda sobre ella!
- HORTENSIO         Eso de quedar sobre ella, sólo es cuestión mía.
- PETRUCHIO         ¡Linda expresión para un cuerpo de guardia! A tu salud, amigo.  
(BEBE.)
- BAUTISTA          ¿Qué piensa, Gremio, de este asalto de agudezas?
- GREMIO            Que saben atacar de frente y con la frente, amigo mío.
- BLANCA            ¿Con la frente? ¡A cornada limpia más bien!
- VINCENTIO         ¡Hola! Ved a la casadita cómo despierta. Diríase que empiezan a preocuparle los cuarnos.
- BLANCA            ¡Oh no! Si tal creéis, vuelvo a dormir.
- PETRUCHIO         No os lo aconsejo. Pues que habéis empezado, ¡en guardia! Voy a lanzaros un buen dardo o dos.
- BLANCA            ¿Me tomáis por un pájaro? En todo caso cambiaré de zarzal. Perseguidme si queréis, pero preparad bien el arco... ¡Salud a todos!  
(SE LEVANTA, HACE UNA REVERENCIA Y SALE. CATALINA Y LA VIUDA LA IMITAN.)
- BAUTISTA          Hablando seriamente, Petruccio, hijo mío; yo bien creo que tu mujer es la más fiera de las tres.
- PETRUCHIO         Pues bien, yo digo que cada uno haga llamar a su mujer. Y aquel cuya esposa se muestre más obediente y llegue antes, ganará la apuesta que establezcamos.
- HORTENSIO         ¡Aceptado! ¿Cuánto?
- LUCENTIO          Veinte coronas.
- PETRUCHIO         ¿Veinte coronas? Esta cantidad yo la apostaría por mi halcón o por mi perro. Por mi mujer aventuraría veinte veces más.
- LUCENTIO          Entonces, cien coronas.
- HORTENSIO         De acuerdo.
- PETRUCHIO         Apuesta hecha.
- HORTENSIO         ¿Quién empieza?
- LUCENTIO          Yo mismo. Tranio, ve a decir a tu ama de mi parte que venga.
- TRANIO            Al instante. (SALE.)
- BAUTISTA          (A LICENTIO.) Querido yerno, la mitad de tu apuesta, para mí, Blanca vendrá.

- LUCENTIO            Gracias, pero no quiero mitades con nadie. Yo solo sostengo lo que he apostado. (VUELVE TRANIO.) Y bien. ¿Qué hay?
- TRANIO              Señor, mi ama dice que os haga saber que está ocupada y que no puede venir.
- PETRUCHIO          ¿Cómo que está ocupada y que no puede venir? ¿Es esto una respuesta?
- GREMIO              Sí. E incluso amable. Rogad a Dios que vuestra mujer no mande que os digan algo peor.
- PETRUCHIO          Una mejor espero, por tanto.
- HORTENSIO          Pues andando, bribón ve a rogar a la mía que venga al instante, que yo la llamo. (TRANIO SALE.)
- PETRUCHIO          ¡Hombre!, si la "ruegas", claro que vendrá.
- HORTENSIO          No obstante, mucho me temo que a la tuya le ruegues en vano. (ENTRA TRANIO.) ¿Qué pasa? ¿Y mi mujer?
- TRANIO              Dice que seguramente habéis preparado alguna broma y que no quiere venir. Que si queréis, que vayáis vos.
- PETRUCHIO          Esto va de mal en peor. Blanca no "podía"; ésta no "quiere". Respuesta infame, intolerable, insoportable. ¡Grumio!, ve, tunante, adonde está tu ama y dile que la mando que venga. (GRUMIO SALE.)
- HORTENSIO          Ya conozco la respuesta.
- PETRUCHIO          ¿Es decir?
- HORTENSIO          Que no le da la gana.
- PETRUCHIO          Qué le he de hacer. Peor para mí.  
(CATALINA APARECE Y ENTRA.)
- CATALINA            ¿Qué deseáis, señor? ¿Para qué habéis enviado a llamarme?
- PETRUCHIO          ¿Dónde está tu hermana? ¿Qué hace la mujer de Hortensio?
- CATALINA            Están sentadas en el salón, charlando junto al fuego.
- PETRUCHIO          ¡Corre por ellas! Y si se niegan a venir, tráelas hasta sus maridos a latigazos. ¡Escapa! ¿No te digo que las traigas al instante? (CATALINA VUELVE RAPIDA SOBRE SUS PASOS.)
- LUCENTIO            Como cosa prodigiosa, lo es. ¡De veras!
- HORTENSIO          Cierto, pero, ¿qué puede presagiar?
- PETRUCHIO          Nada más sencillo: es un presagio de paz, de amor, de vida tranquila. En una palabra: de todo cuanto anuncia armonía y felicidad.
- BAUTISTA            Te felicito, Petruccio. Has ganado la apuesta. Por mi parte, añado veinte mil coronas a las que ellos han perdido. Que en verdad tan cambiada está, que no hay medio de reconocer en ella a la antigua.
- PETRUCHIO          Pues entonces ganaré aún mejor esto que gano dándoos aún otra prueba de su obediencia. De esa virtud de obediencia que acaba de nacer en ella. Pero aquí la tenéis trayendo a las rebeldes como prisioneras de su poder de femenina persuasión. (CATALINA LLEGA ACOMPAÑADA DE BLANCA Y DE LA VIUDA.) Catalina: esa toca que llevas no te sienta bien. Quítame de la vista ese perendengue, y pí-sotéale. (CATALINA OBEDECE AL PUNTO.)

- LA VIUDA            ¡Señor!, concédeme que jamás tenga ocasión de estar sometida a tan tonta obediencia.
- BLANCA             ¿Tonta? ¿Llamáis sólo tonta a obediencia tan disparatada?
- LUCENTIO          Yo quisiera que la tuya fuese no menos disparatada. Su cordura, hermosa Blanca, me ha costado cien coronas desde que hemos comido.
- BLANCA             Si has apostado contando con mi obediencia, doblemente loco eres tú.
- PETRUCHIO        Catalina, te intimo a que digas a mujeres tan rebeldes cuáles son sus deberes respecto a sus señoras y esposos.
- LA VIUDA          ¡Bah! Estáis de broma. No tenemos necesidad de lecciones.
- PETRUCHIO        (SEÑALANDO A LA VIUDA.) Habla, te he dicho. Y empieza por ella.
- LA VIUDA          No lo hará, y hará bien.
- PETRUCHIO        Pues yo digo que lo hará. Empieza por ella.
- CATALINA          ¡Ea, ea! Desarruga esa frente colérica y amenazadora y aparta de tus ojos esas aceradas miradas de desdén que hieren a tu señor, a tu rey, a tu amo. Tu marido es tu señor, tu vida, tu guardián, tu jefe, tu soberano. El que cuida de ti y quien, porque nada te falte, somete su cuerpo a penosos trabajos en tierra o mar; vigilando de noche mientras sopla la tempestad; de día, bajo el frío; mientras que tú, en el hogar, duermes a su calor tranquila y segura. Por todo ello, cuanto te pide como tributo de amor es una cara alegre y sincera obediencia. Lo que es pagar levemente deuda tan grande. Vergüenza me da pensar que haya mujeres tan necias como para declarar la guerra a aquellos a los que deberían pedir la paz de rodillas. Vergüenza de que reclamen el gobierno, el poder, la supremacía, cuando su deber es servir, amar y obedecer. Abatid, pues, que para nada sirve, y poned vuestras manos, en signo de obediencia, a los pies de vuestros maridos. Si mi marido lo quiere, las mías dispuestas están a rendirle este homenaje...
- PETRUCHIO        ¡He aquí una mujer como es debido! Ven y abrázame, mi querida Cata.
- LUCENTIO          Sigue tu camino, amigo. La partida será siempre tuya.
- PETRUCHIO        Vámonos, Cata. Vamos a dormir. Hemos a los tres casados; pero vosotros dos lleváis faldas. Tú has dado en el blanco, Lucentio; pero he sido yo el que ha ganado la apuesta. Vencedor, pues, me retiro. Que Dios os conceda a todos una buena noche. (SALEN PETRUCHIO Y CATALINA.)
- HORTENSIO        Sigue, sigue tu camino; has domado a una famosa fierecilla.
- LUCENTIO          A fe que ha sido un milagro. Pero que la ha domado, ¡y maravillosamente!, no hay duda. (SALEN.)

F I N

2 de marzo de 1978

gms